

Posiciones políticas y posiciones mentales

*Serapio Marcano*¹

Resumen

Me propuse reflexionar acerca de la interrelación entre ciertas posiciones políticas y sus correspondientes posiciones mentales. Ellas van desde los niveles más primitivos ideologizados e inconscientes, hasta los niveles más integrados donde hay una permeabilización hacia la conciencia de dichos procesos inconscientes, y en donde el pensamiento reflexivo se antepone o acompaña a la acción transformadora y creativa de los individuos y los grupos humanos, y en un develamiento sistemático de las tendencias ideologizadoras, como falsas conciencias, que se expresan en los individuos como síntomas de diversa índole que los tiranizan, o como conductas de sometimiento, caracterológicas y normalizadas. En los colectivos humanos dichas posiciones mentales asumen posiciones políticas que van desde la rebeldía y el conservadurismo moral y ahistórico, fijo y estático, hasta las posiciones revolucionarias, éticas, desideologizantes, históricas. Todo esto se puede mirar a la luz del psicoanálisis y sus teorías de la identificación, el yo, el narcisismo, el complejo de Edipo, el ideal del yo, el superyó, los mecanismos de defensa, entre otros puntos de vista.

El psicoanálisis aparece en el panorama científico-cultural de finales del siglo XIX como un nuevo paradigma que va a subvertir las concepciones del hombre tenidas por ciertas hasta ese momento. Problematiza a los sujetos

¹ Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

que detentan el saber en los diferentes campos donde él mismo se despliega, y al hacerlo va a encontrar resistencias para establecerse. Pero la fuerza de verdad que encierra es tal que no va a poder ser anulado y va a permanecer infiltrando con su lógica todos los campos del saber dentro de la cultura. Su efecto problematizador se extiende desde el campo específico de una de las dos ramas de la ciencia, cual es el de la Psicología, con su vertiente pura, problematizada a partir de entonces en su lógica clásica positivista, científicista, más cercana al modelo neurofisiológico, al ser señalada la existencia del inconsciente; hasta su otra vertiente, la Sociología, que trata de la conducta de los hombres en la sociedad y que Freud (1932) llamó Psicología Aplicada. La otra rama de la ciencia, la ciencia natural, también va a ser tocada en su esencia por los descubrimientos freudianos al señalar que ninguna investigación científica es puramente objetiva en tanto que existe la subjetividad de los científicos que la practican.

A partir de su emergencia, el psicoanálisis se inserta en la cultura y la problematiza, influenciando los marcos sociales y científicos. Como dice Mirta Goldstein de Vainstoc en su ensayo “Nuevos paradigmas y lógicas: su inserción en la cultura, la ciencia y el psicoanálisis”: “el psicoanálisis traspasa la línea divisoria que tenía con el pensamiento, generando un movimiento de atracción y de rechazo que provoca su inserción privilegiada y problemática en la cultura. Privilegiada porque (...) cualquier crítica o ensayo humanístico contiene en su texto un subtexto psicoanalítico. La inserción problemática parece relacionarse con el traslado de la rupturas discursivas de una disciplina a la otra...”.

Esta inserción del psicoanálisis en la cultura conlleva, implícitamente, una cosmovisión, pero la cosmovisión a la que se adhiere el psicoanálisis, desde Freud (1932), no es una cosmovisión particular, sino la cosmovisión científica: “pero ésta –decía Freud– no lo contempla todo, es demasiado incompleta, no pretende absolutismo ninguno ni formar un sistema (...) Una cosmovisión edificada sobre la ciencia tiene, esencialmente, rasgos negativos, como los de atenerse a la verdad, desautorizar las ilusiones”. “La verdad –decía también Freud– no puede ser tolerante, no admite compromisos ni restricciones; la investigación considera como propios todos los campos de la actividad humana...”

Pienso que toda cosmovisión contiene una ideología, entendiendo como tal un conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad, que responde a intereses, aspiraciones e ideales de una clase social dada y que guía y justifica el comportamiento de los hombres acorde a esos intereses, aspiraciones e ideales (Sánchez Vásquez, 1976).

Estas ideologías, o cosmovisiones, pueden considerar al sujeto humano como una unidad indivisa y ser planteadas como “una construcción intelectual que soluciona de manera unitaria todos los problemas de nuestra existencia a partir de una hipótesis suprema; dentro de ella, por tanto, ninguna cuestión permanece abierta y todo lo que recaba nuestro interés halla un lugar preciso”. Éste era el concepto de cosmovisión que Freud rechazaba. Opino que lo rechazaba porque son ideologías generadoras de falsas conciencias, es decir, son inconcienciadoras. Forman parte de los deseos ideales de los hombres. Esos lugares precisos que explican todo cierran y por tanto son totalizadores, conllevan el riesgo de tornarse al servicio de actitudes totalitarias en cualquier ámbito donde se despliegue la conducta humana. Freud alertó acerca de esto cuando, tomando como ejemplo lo sucedido con el marxismo teórico en el bolchevismo ruso, señaló que “siendo en su origen un fragmento de ciencia, edificado sobre la ciencia y la técnica para su realización, ha creado sin embargo una prohibición de pensar tan intransigente como lo fue en su época la decretada por la religión”.

Las posiciones ideológicas son también posiciones políticas si consideramos que los paradigmas que circulan entre las diferentes manifestaciones de las ciencias del hombre pasan de una frontera a otra, es decir, se interpenetran. La ciencia de la psicología, con la sociología, se interpenetra por tanto con las posiciones filosóficas. El paradigma del pensamiento político para pensar al sujeto humano ¿será acaso, como dice Mirta Goldstein de Vainstoc (ob. cit.), el nuevo paradigma donde podamos encontrar (mirando al futuro) sitios de vacío y desnudamiento de verdades? Hagamos algunas reflexiones al respecto.

Hemos planteado en otros momentos (Marcano, 1980b), siguiendo la síntesis que realizó Bleger (1972), que las posiciones políticas e ideológicas se pueden referir a las dos posiciones básicas planteadas por la filosofía: el idealismo y el materialismo.

El idealismo está ligado y es el producto de todas las fuerzas que tienden a mantener un *statu quo* social, económico y político. El materialismo es la ideología de todas las fuerzas innovadoras, de todo lo que incrementa y posibilita el poder del hombre sobre la naturaleza y sobre la propia organización social.

Ambos pueden ser metafísicos o dialécticos. Si son metafísicos estudian los fenómenos en forma aislada, los objetos son fijos e invariables; el movimiento es admitido como translación en el espacio y no admite contradicción.

Si son dialécticos estudian los fenómenos en su permanente interdependencia y acción recíproca; todo está en cambio y movimiento; el movimiento es interno y transformador y la contradicción es el núcleo de todo lo que existe.

El método dialéctico contiene al metafísico y lo supera. El método metafísico dentro del dialéctico estudia y considera sólo momentos del proceso, pero su limitación está en tomar esos momentos como la totalidad.

El materialismo es la ideología de las fuerzas renovadoras sólo cuando es dialéctico. Es entonces cuando es creador dando lugar a los cambios y nuevos niveles de integración. Es una permanente lucha de contrarios dentro de la unidad; ubica al individuo como ser social e integra naturaleza y cultura. Pasa a ser materialismo histórico cuando aplica la dialéctica a los fenómenos histórico-sociales. Los hombres estructuran la sociedad dentro de determinadas condiciones económicas y políticas. La estructura social adquiere cierta autonomía con leyes propias y regula y estructura las relaciones entre y dentro los seres humanos mismos.

En el idealismo y el materialismo metafísicos, las posiciones ideológicas políticas son conservadoras. Tienden a mantener invariantes lo establecido. "Son la expresión material del inconsciente y de lo ideológico, como falsa conciencia, en ciertas formas de conocimiento, particularmente cuando ella es denegada e ignorada" (Abouhamad, 1978; Marcano, 1980a). Estas posiciones políticas conservadoras que vienen desde lo social, a su vez, constituyen a los sujetos individuales como tales y en su constitución les imponen sus leyes instauradas dentro del superyó, y se les ofrece como modelos narcisísticos del ideal del yo. La compulsión a la repetición de lo establecido, la invariancia, lo ahistórico, la normalización a través del sometimiento acrítico y la identificación con los objetos de sus deseos, los cuales, a la vez, le imponen no saber de dichos deseos, son algunas de las características que encontramos en los individuos con posiciones mentales conservadoras. En lo manifiesto buscan la estabilidad a cualquier precio, inclusive a costa del desarrollo y la pasión sexual (Meltzer, 1974). Sus capacidades de simbolización están disminuidas lo que los lleva ser materialistas, consumistas y confunden roles sociales con personas. Niegan la realidad psíquica apoyándose en lo tradicional para evitar la confusión de valores. Les interesa el poder en tanto representa el reencuentro con el ideal del yo narcisista.

Las posiciones ideológicas políticas son revolucionarias cuando lo que predomina, en las posiciones idealistas y materialistas, es el método dialéctico. Estas posiciones son subversivas al igual que el psicoanálisis, se

apoyan en lo que Gramsci (1980) denomina una ideología históricamente orgánica, es decir, aquella que lo es en la medida en que uno se descubre en las contradicciones o disociaciones. Hay un develamiento permanente de la falsa conciencia, o por lo menos, si no lo hay, se procura que tal develamiento ocurra.

Del lado del idealismo dialéctico el conservadurismo adquiere características diferentes al metafísico. Lo que aparece es la consideración a los objetos externos, a los mayores por su experiencia, a los iguales por sus opiniones y a la generación más joven por sus potencialidades. Es lo que hay que conservar o preservar dentro de la revolución. Es lo que debe permanecer pero problematizándolo en busca de nuevas estructuras de organización tanto individuales como socioculturales. En los niveles y posiciones políticas revolucionarias, las leyes o prohibiciones que regulan las relaciones humanas, que en el fondo remiten a la prohibición originaria del incesto, están bastante distanciadas de aquellas leyes que inicialmente lo prohibían. El *establishment* de las instituciones sociales permite la aparición de lo que Bion (1974) llamó el místico-genio, que interactúa permanentemente con el *establishment* institucionalizado. Se necesitan mutuamente. Las leyes que los rigen se acercan a un superyó yoizado. No se imponen los modelos de identificación y se abre un espacio para que aparezcan los intereses y talentos personales. El poder se busca ejercerlo más en función de los intereses colectivos que de los ideales narcisísticos. Las capacidades de simbolización de los individuos que asumen posiciones mentales revolucionarias están incrementadas. Predominan los niveles edípicos sobre los narcisísticos. El *establishment* social de las posiciones políticas revolucionarias favorece que se acceda al conocimiento de los modos de constitución como sujeto y por ende su posición mental revolucionaria facilita ese acceso, no ofreciéndose en una actitud de sometimiento acrítico, sino, por el contrario, haciéndose permeable al conocimiento de los procesos inconcienciadores. Esto trae como consecuencia una menor compulsión a la repetición y a un encuentro con sus deseos, lo cual va a generar inestabilidad y angustias persecutorias y depresivas. Se producirá un movimiento hacia la individuación e identidad propia, al lograr deshacer las ataduras de las identificaciones que lo sujetaban e ideologizaban, en el sentido de falsa conciencia, edificando su ideal del yo.

Estas transformaciones en lo individual conducirán a la posición mental revolucionaria de "trabajar con todos para la dicha de todos", como decía Freud en "El malestar en la cultura" (Marcano, 2002). El descubrimiento del espíritu revolucionario, en los niveles mentales y sociales revolucionarios, contiene una violencia útil y necesaria como instrumento para modificar la

superestructura integrada por las instituciones políticas y jurídicas, artes y letras, así como por las normas e ideologías y por las características psicológicas de los seres humanos.

Estas posiciones políticas y mentales revolucionarias sufren el embate, dentro y fuera de las mismas, de las posiciones políticas y mentales reaccionarias, contrarrevolucionarias, conservadoras, idealistas y materialistas metafísicas, ideologizadoras en tanto que inconcienciadoras y productoras de falsa conciencia.

Las tensiones que se producen pueden dar lugar a conflictos y enfrentamientos que no siempre son salidas transformadoras y creativas, sino que se pueden transformar en falsas salidas, desplegadas en cualquiera de las tres áreas donde se manifiesta la conducta humana: mundo interno, cuerpo y mundo externo, así encontraremos las falsas salidas en las conductas rebeldes o tiránicas, u otras no salidas como es el caso de la formación de síntomas en los individuos donde se busca acceder al deseo y satisfacer lo prohibido, sin saber de los mismos y sin obtener una gratificación oportuna ya que tiene que rendir culto al castigo proveniente de la instancia moral por haber osado desafiarla. La violencia que se ejerce por estas vías es una violencia inútil, tanto en lo social como en lo intrapsíquico, y muchas veces cruel, como lo suelen ejercer ciertos representantes de la ley cuando triunfan sobre los rebeldes.

Ahora podemos volver a Freud (1932) y preguntarnos si estamos en condiciones de aceptar el reto que dejó planteado, cuando dijo: “Si alguien estuviera en condiciones de demostrar en detalle el modo en que se comportan, se inhiben y se promueven entre sí estos diversos factores, la disposición pulsional común a todos los hombres, sus variaciones raciales, y sus modelamientos culturales bajo las condiciones del régimen social, de la actividad profesional y las posibilidades de ganarse el sustento; si alguien lo consigue, habría completado al marxismo hasta convertirlo en una real y efectiva ciencia de la sociedad”. Para ir tras esta utopía hay que problematizar el psicoanálisis y sostener así su condición subversiva.

Referencias bibliográficas

- ABOUHAMAD, Janet (1978). “El psicoanálisis. Discurso fundamental en la teoría social y epistemología del siglo”, UCV, Caracas.
- BION, Wilfred (1974). *Atención e interpretación*, Buenos Aires. Paidós.
- BLEGER, José (1972). *Psicología de la conducta*, Buenos Aires. Eudeba.
- FREUD, Sigmund (1915). “Pulsiones y gestos de la pulsión”, *Obras completas*, T. XIV. Buenos Aires. Amorrortu.
- (1920). “Más allá del principio del placer”, *Obras completas*, T. XVIII. Buenos Aires. Amorrortu.
- (1932). “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, 35ª Conferencia”, *Obras completas*, T. XXI. Buenos Aires. Amorrortu.
- GOLDSTEIN DE VAINSTOC, Mirta. “Nuevos paradigmas y lógicas. Su inserción en la cultura, la ciencia y el psicoanálisis”. Mimeo.
- GRAMSCI, Antonio (1980). *Antología*. Siglo XXI Editores.
- MARCANO, Serapio (1980a). “Los objetivos del psicoanálisis. Consideraciones epistemológicas”. Inédito. Leído en la Asovep.
- (1980b). *Ideología y crisis en las instituciones psicoanalíticas*. Inédito.
- (2002). “Del psicoanálisis problematizador al psicoanálisis problematizado”. *Revista Fepal*, 2002. Cambios y permanencias.